

125 AÑOS DEL INSTITUTO DE HIGIENE MILITAR (1885-2010)

CONTRIBUCIÓN DE LA SECCIÓN DE VETERINARIA MILITAR AL PRESTIGIO DEL INSTITUTO

Dr. Luis Ángel Moreno Fernández-Caparrós

General Veterinario (r)

Jefe de Apoyo Veterinario

Académico de número de la Real Academia de Ciencias Veterinarias de
España

Correspondiente de la de Doctores de España y de la

Academia de Medicina Veterinaria de Francia

Inspección General de Sanidad de la Defensa

13 de mayo de 2010

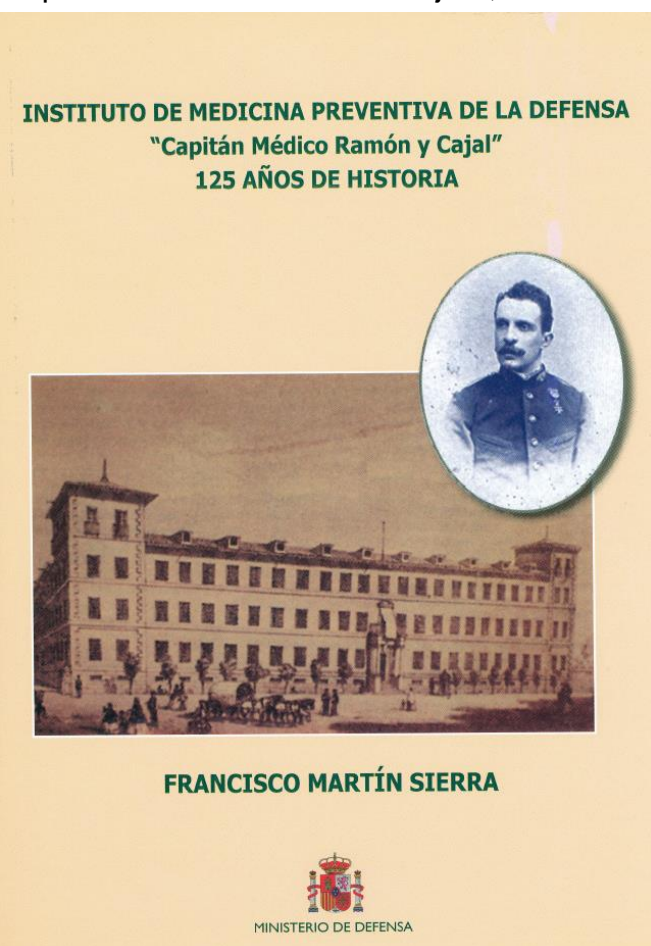
Artículo actualizado el 4 de octubre de 2015

INTRODUCCIÓN

El pasado día 13 de mayo se celebró el 125 Aniversario de la creación del Instituto de Higiene Militar. Como quiera que en este Centro se inició a partir de 1904 la formación militar y de alta especialización de los veterinarios militares (de una manera metódica y normalizada) y que además sirvió como Academia médico-militar y órgano de apoyo técnico y logístico para asesorar a los oficiales veterinarios, me solicita el Inspector General de Sanidad a instancia del Coronel Director del Instituto de Medicina Preventiva «Capitán Médico Ramón y Cajal» que prepare un pequeño resumen de las actividades que realizó la antigua «Sección de Higiene Veterinaria» durante su periodo de existencia en el antiguo Centro. Creo que más de cien años de convivencia entre facultativos en dicho Centro bien merece la pena para que realicemos una parada y una reflexión. En esos más de cien años la veterinaria militar experimentó una notable mejora, muchas veces desapercibida por nuestros

compañeros de las profesiones hermanas y por los propios veterinarios militares.

Para conmemorar la efeméride se ha editado por el Servicio de Publicaciones y Documentación del Ministerio de Defensa un libro¹ en el que el Tte. Coronel Médico Francisco Martín Sierra describe y narra las vicisitudes por las que ha ido pasando esta Institución, más que centenaria. Al teniente coronel le suministré, con la urgencia y premura de tiempo con la que se realizan estas publicaciones, una serie de datos que él puntualmente recogió y enriqueció en el capítulo correspondiente. Pero como quiera que, por una u otras razones, se quedaron algunas



cosas en el tintero aproveché la ocasión que me brindaba nuestro Inspector General de Sanidad Juan Manuel Montero Vázquez para participar

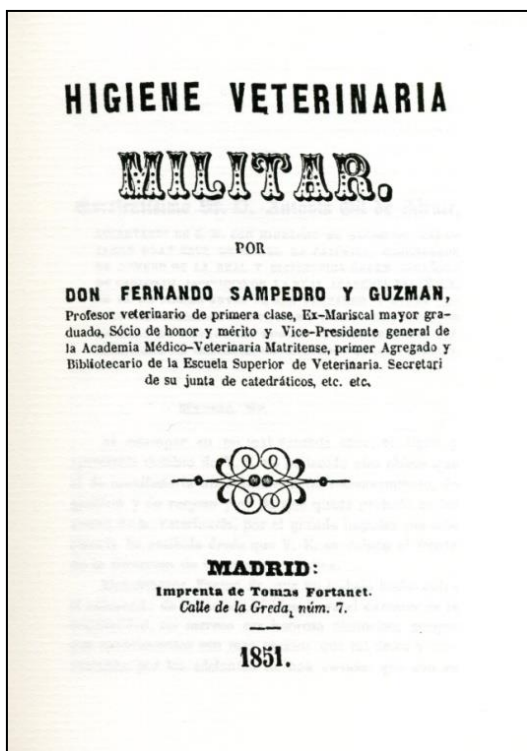
¹ Martín Sierra, F.: 2010. *Instituto de medicina preventiva de la defensa "Capitán Médico Ramón y Cajal", 125 años de historia*. Subdirección General de Documentación y Publicaciones. Ministerio de Defensa. ISBN: 978-84-9781-503-1, pp., 253.

directamente en el Aniversario en el que no quise perder la ocasión para enriquecer el texto con los importantes trabajos científicos de los veterinarios militares que, desde hace más de un siglo, vienen publicando en las revistas científicas. También deseo transmitir mi felicitación a los organizadores de la efeméride por el acierto de incorporar al final del libro, en edición facsimilar, el discurso que el Dr. D. Ángel Pulido, senador del Reino, pronunció ante los miembros de la Comisión de presupuestos con el objetivo de que el Señor Ministro de la Guerra atendiese convenientemente las necesidades del Instituto de Higiene Militar, precisamente donde la veterinaria de 1901 realizaba sus heroicos trabajos y la apostólica labor de difusión de la Ciencia para todos los facultativos de la Sanidad Militar y muy particularmente para los oficiales veterinarios de nuevo ingreso. Les recomiendo su lectura.

Pues bien, en el salón de actos del «Centro de Transfusiones de las Fuerzas Armadas» (CETEFAS), ubicado en el complejo sanitario de Carabanchel donde se encuentra el Hospital Central de la Defensa Gómez Ulla, me dirigí a los asistentes que llenaban la sala con las siguientes palabras:

LA FORMACIÓN VETERINARIA EN EL INSTITUTO DE HIGIENE MILITAR: EL CAMINO HACIA EL PRESTIGIO

Desde 1845, fecha de la constitución del Cuerpo de Veterinaria Militar, faltaba un Centro donde los nuevos oficiales veterinarios recibiesen una formación específica en veterinaria preventiva y asistencia clínica que les capacitase para



su ejercicio profesional en las Unidades hipomóviles. Conseguir que los veterinarios militares tuviesen una formación académica y científica adecuada y acorde con el paso del tiempo fue una constante preocupación de ilustres jefes de veterinaria militar. En 1851 Fernando Sampedro Guzmán, profesor veterinario de primera clase, catedrático y mariscal mayor (veterinario militar) publicó su «Higiene Veterinaria Militar», libro que sirvió de texto para los oficiales veterinarios.

Pero las sucesivas dependencias del Cuerpo de Veterinaria Militar del Arma de Caballería (1845-1857), de Sanidad Militar (1857-1864) y nuevamente del

Arma de Caballería (1864-1889), en nada contribuyeron a su mejoría técnica, organizativa y operativa. No son del caso analizar ahora las causas del estado de postración en que se hallaba la veterinaria militar de antaño, pero estaban muy relacionadas con la percepción social de la profesión, la estructura castrense, la falta de medios económicos y la constante inestabilidad política de la España decimonónica. A pesar de ello fueron las epizootias y parasitosis que asolaban las cabañas ganaderas (en especial las que afectaban a las

yeguas militares) junto con la aparición de zoonosis tan importantes como la rabia, la tuberculosis, el carbunco y el muermo las que pusieron a los veterinarios en el punto de mira de la sanidad castrense.



Coronel veterinario Eusebio Molina Serrano (1853-1924)

Combatir estas enfermedades infecto-contagiosas y parasitarias junto a los esfuerzos realizados en reproducción equina, con el objetivo de suministrar équidos en buen estado de salud a las Unidades, hizo que los veterinarios militares necesitaran una instrucción y un apoyo técnico de mayor calado para prevenir ciertas enfermedades que, como el muermo (producido por la bacteria *Burkholderia mallei*), diezmaban la cabaña. Desde el momento en que se descubrió la maleína por los veterinarios rusos Helning y Kalning en 1890 se llevaron a cabo estudios clínicos y

experimentales en todos los países más adelantados. Durante sus experiencias Kalning se inocula el muermo y paga con su vida el honor de haber descubierto la maleína. En España los primeros estudios clínicos se realizaron en 1884 por el veterinario primero (capitán) Eusebio Molina Serrano en los caballos de la



Guardia Civil de Puerto Rico, y después por Julián Mut Mandilego, veterinario segundo (teniente) del Regimiento de Caballería de Treviño, en Barcelona. Con posterioridad a esta primera época maleínica de las postrimerías del siglo XIX, fueron muchos los veterinarios civiles y militares que realizaron interesantes trabajos con la maleína como prueba diagnóstica del muermo. Precisamente los veterinarios militares

Marcelino Ramírez y Juan Igual Hernández trabajaron intensamente en el

desarrollo e introducción de la maleína como prueba diagnóstica. Más de un veterinario militar murió estudiando e investigando la forma de combatir y tratar esta enfermedad que de forma esporádica sufre el hombre. Tal fue el grado de

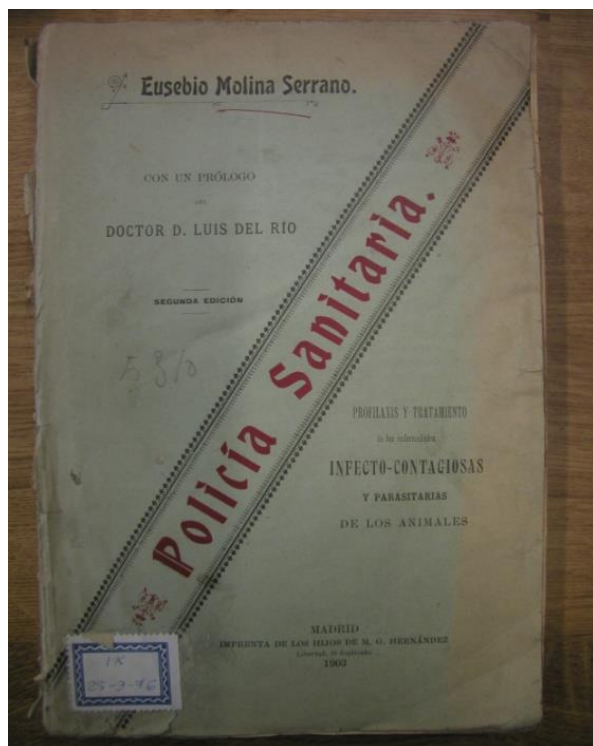


Edmond Nocard (1850-1903)

importancia que la comunidad científica comenzó a realizar estudios sobre la «melioidosis», enfermedad infectocontagiosa producida en el hombre por un microorganismo muy próximo al agente etiológico del muermo (*Burkholderia pseudomallei*).

Como ya hemos apuntado antes, en 1916 el muermo quitó la vida al veterinario 1º Juan Igual Hernández cuando realizaba nuevos experimentos y observaciones en la Enfermería de Ganado de la guarnición de Melilla. El capitán Igual se había consagrado en cuerpo y alma al estudio de esa enfermedad; estos son nuestros héroes científicos olvidados que dieron a la sociedad lo más preciado que tenían: la vida.

En el IX Congreso de Higiene y Demografía organizado en 1898 por el Instituto de Higiene Militar los veterinarios militares contribuyeron con numerosas comunicaciones, una de ellas fue presentada por Molina Serrano bajo el título de «Maleinización», en cuya discusión intervino, entre otras personalidades, el mismo Nocard, considerado como uno de los grandes veterinarios franceses especializado en microbiología. En su honor la Nocardiosis lleva su nombre. Con respecto al Tétanos, Roux y Nocard lograron en 1892 una alta inmunización en el caballo, estableciendo así las bases para la sueroterapia, que fue utilizada por primera vez en el hombre en 1894 por Bazy. Por todo ello desde la creación en 1885 del Laboratorio Histológico e Histoquímico del Ejército éste comenzó a configurar unas nuevas perspectivas de apoyo técnico a los veterinarios.



Comprobada la utilidad de la maleína por numerosos ensayos efectuados en todos los países y demostrada su eficacia en 1898 en la obra premiada sobre «Higiene y Policía sanitaria de las habitaciones del ganado militar», de la que era autor el ya citado Molina, se reglamenta por Real Orden de 10 de mayo de 1899, la organización oficial de la maleinización en el Ejército.

Fruto de esta actividad fue la obra «Policía Sanitaria: profilaxis y tratamiento de las enfermedades infecto-contagiosas de los animales domésticos», del mismo Molina Serrano. Sin embargo la primera reglamentación seria y científica de la lucha contra las epidemias del ganado del ejército fue también obra de Molina Serrano al redactar en 1898 el «Proyecto de Ley de Policía Sanitaria de los Animales Domésticos», base sobre la que se sustentó la primera Ley de Epizootias en España. En 1901 se inician en el Instituto los trabajos de veterinaria, entroncados con la clínica y prevención en el hombre y colaborando como asesores en todo lo relacionado con las enfermedades infecto contagiosas y parasitarias de los ganados del ejército y su posible transmisión al hombre. Sus recomendaciones no fueron puestas en práctica hasta ese mismo año en que por Real Orden de 24 de julio se dictan medidas higiénicas para la conservación y entretenimiento del ganado destinado al servicio de las Unidades. También se aprobaron las instrucciones a las que debían ajustarse las prácticas de las desinfecciones y desinsectaciones de las caballerizas militares así como las medidas higiénicas para evitar infecciones y contagios en el ganado y su transmisión a las tropas. También se dieron instrucciones para luchar contra la durina, sarna, piogenia específica, linfagitis, pasterelosis, influenza equina, tuberculosis, carbunco y muermo. El número de cabezas de ganado en 1901 era de 42 263 y las bajas, por uno u otro motivo, eran superiores al 10%; en algunos casos, como en los mulos, las pérdidas eran hasta del 12%; en el entorno europeo las bajas no superaban el 3,5%. En los siguientes cuadros se muestran, como ejemplo, el número de efectivos a principios del siglo XX.

Nº total de cabezas de ganado en la Península. Baleares, Canarias y África en 1917							
	Caballos	Yeguas	Mulos	Mulas	Potros	Potras	Total
Totales parciales	27.934	3.036	8.182	1.928	1.135	48	42.263

Nº total de cabezas de ganado y Nº de enfermos y de bajas en 1917							
	Total de ganado	Nº de enfermos	Curados	Muertos	Sacrificados	Desechados por inútiles	% de Bajas
Totales parciales	42.263	28.771	24.806	1.963	691	1.075	8,82

Enfermedades por aparatos y regiones anatómicas, año 1917			
ENFERMEDADES	Nº del total de enfermos	Nº de bajas	% de Bajas
Del aparato digestivo	4.130	678	16,41
Respiratorio	2.198	538	24,47
Circulatorio	733	220	30,01
De la visión	349	5	1,43
Genital	280	4	1,42
Urinario	277	91	32,85
Locomotor	4.236	45	1,06
Del sistema nervioso	465	187	40,21
Infecto-contagiosas y parasitarias	1.210	750	61,98
Heridas			
Contusiones	14.893	948	0,91
Septicemias			
Abscesos			
TOTALES	28.771	2.654	922

Datos extraídos de la «Revista de Veterinaria Militar²»

La obra de Molina, y su incansable actividad, logró que en 1904 se creara la **Sección de Veterinaria en el Instituto de Higiene Militar**. Sobre esta base se configuraron las futuras especialidades veterinarias que aparecerían varios años después, en 1943. En puridad hay que reconocer que el Instituto contribuyó enormemente al desarrollo de la veterinaria militar ya que anteriormente a esta fecha los veterinarios militares no disponían de elementos

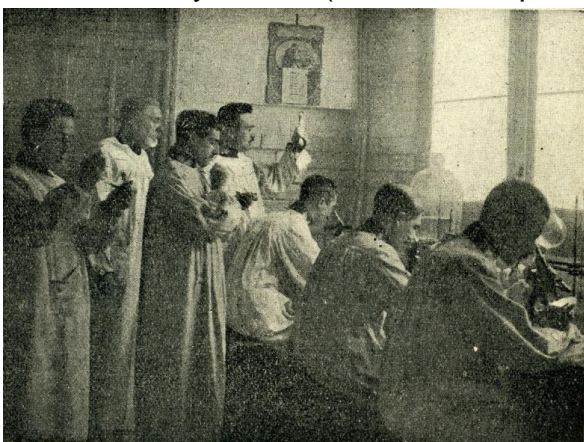
² Revista de Veterinaria Militar, año IV, tomo 4º, octubre-noviembre de 1918, números 37 y 38, páginas 81-88.

laboratoriales para realizar un rápido y preciso diagnóstico y por lo tanto tenían que remitir al Instituto los productos patológicos de los animales enfermos o sospechosos. Los primeros veterinarios en trabajar en el Centro fueron los veterinarios primeros (capitanes) Julián Mut Mandilego y Andrés Huerta.

Con respecto a la formación facultativa castrense se dispuso, por Real Orden de 25 de abril de 1907 (C.L. nº68), que los oficiales de nuevo ingreso en el Cuerpo de Veterinaria Militar realizasen, en el Instituto de Higiene Militar, un curso de prácticas antes de pasar a prestar servicio a los Regimientos y Yeguas, ya que el Cuerpo de Veterinaria Militar no disponía de Academia Especial para ello. En 1908 se establecen por Reales Órdenes de 6 de noviembre (C.L. nº104) y 21 de noviembre de 1910 (C.L. nº188) los cursos de ampliación de estudios para veterinarios en el citado Instituto y en el 2º Establecimiento de Remonta; estos estudios estaban encaminados a perfeccionar los conocimientos bacteriológicos junto a las prácticas de campo.



Julián Mut Mandilego, que además de veterinario militar era licenciado y doctor en Filosofía y Letras (en la foto superior vemos a Mut practicando el vendaje ocular que lleva su nombre), fue el encargado en el Instituto de enseñar



los últimos avances de la bacteriología que tanto había prestigiado el químico Pasteur, y los veterinarios franceses, Edmon Nocard, Camille Guérin y Gastón Ramón y, en España, el veterinario catalán Ramón Turró y Darder, entre otros. Con respecto al bacilo de Koch, Mut realizó estudios de

laboratorio en el Instituto observando el polimorfismo que presentaba el bacilo al cultivarlo *in vitro* con medios homogéneos, y también en los mismos focos

patológicos. Y es precisamente, con respecto a la tuberculosis (enfermedad a la que se dedicaron varias sesiones científicas en el Ateneo de Sanidad Militar de Madrid), cuando el Dr. Jurado, médico primero, pronuncia el día 16 de abril de 1916 una conferencia sobre «El bacilo de Koch». En su disertación expone a los asistentes la curiosa característica del polimorfismo del bacilo al obtenerlo con medios homogéneos y dice a este respecto:

En estas circunstancias , el bacilo sufre alteraciones morfológicas y químicas, que se traducen por ser más largos y más delgados, haciéndose al propio tiempo menos ácidosresistentes; [señala el conferenciante] las mutaciones observadas por el método de investigación de Mut , en virtud del cual unas veces se presenta el germen bajo la forma ordinaria, otras en la de bacilos muy granulosos, y otra, que es la característica, en la de pequeños corpúsculos redondeados (*splitten* de Spengler, gránulos de Mut) que aunque su significación sea aún desconocida, para el autor son de un positivo y gran valor diagnóstico³.



Dr. D. Ángel Pulido, Senador del Reino.
Foto tomada de la
"Revista de Veterinaria Militar de 1917"

El raro atavismo de nuestro complejo de inferioridad, en asuntos científicos, hizo que los denominados «gránulos de Mut» pasasen casi desapercibidos en la literatura científica dedicada al estudio de la tuberculosis. Al menos sirvan hoy estas líneas para reconocer, aunque sea de forma tardía, las investigaciones del balear Julián Mut Mandilego.

En 1909 el Dr. D. Ángel Pulido, Senador del Reino y verdadero «padre profesional⁴» de la veterinaria militar, según palabras de Andrés Huerta, presentó ante los señores diputados de la Comisión de presupuestos un brillante informe titulado «La Sanidad Militar: su importancia en la salud del Ejército y en la salud pública. Trascendencia de su desenvolvimiento». Este estudio perseguía obtener mejoras económicas para que el Instituto de Higiene Militar pudiese

realizar con decoro su misión. Con respecto a la veterinaria militar fue muy claro al proponer que se realizase en dicho Centro «**el diagnóstico y detención de las epizootias...**», y referente a los trabajos que realizan los veterinarios militares en el Instituto dijo:

³ Revista de Veterinaria Militar, año II, tomo 2º, 30 de junio de 1916, nº9, p. 396.

⁴ Revista de Veterinaria Militar, año III, tomo 2º 31 de marzo de 1917, nº18, pp. 404-406

*La sección de la higiene veterinaria militar, que procura emular con plausibles testimonios de hondo saber á la higiene humana, tiene aquí también manifestada su digna representación, **y produce, dentro de sus irrisorios y humillantes recursos**, sueros y trabajos dignos de estimación. Cerca de mil ampollas de maleína llevaban preparadas en este año para diagnosticar el muermo que sufre el ganado del Ejército, el cual es frecuente [...] Todos estos servicios y todas estas funciones ví allí en actividad; pero ¿con qué órganos se cumplían? ¿De qué elementos y medios se dotaba á su inteligente personal para realizarlos?*

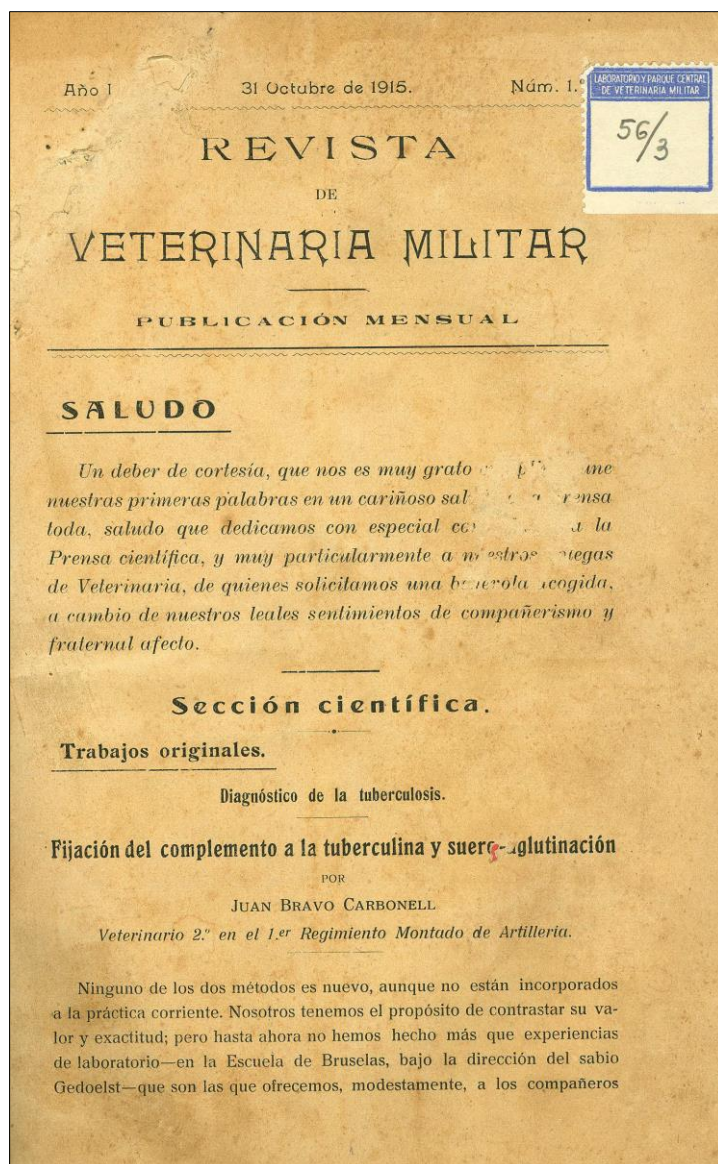
En definitiva: los servicios médicos estaban deficientemente dotados y los veterinarios mucho peor.

La inmunización activa en el hombre y en los équidos con toxoide tetánico formolado fue elaborado sistemáticamente desde 1923 por Gastón Ramón y sus colaboradores. En la actualidad se está redactando por el Dr. Galán Torres, veterinario militar jefe del servicio de microbiología e higiene y sanidad ambiental del Centro Militar de Veterinaria, una nueva biografía en español; en ella se recogerán aspectos inéditos de esta ilustre figura de la medicina veterinaria mundial⁵.

En 1909 el Instituto informa sobre la imposibilidad de fabricar suero antitetánico y que en España no hay ningún laboratorio que lo haga, a pesar de la imperiosa necesidad mostrada por los oficiales veterinarios, y ello como consecuencia urgente derivada de las heridas de castración, y para poder atender también aquellas otras soluciones de continuidad que se producían en maniobras y operaciones militares. El Instituto contaba entonces con cuatro plazas para estabular los caballos siendo insuficiente este material biológico para atender a la producción de suero antitetánico que se demandaba.

En 1915 por Real Orden Circular de 12 de agosto (C.L. nº 138) se le asigna al Instituto el cometido de elaborar el suero antitetánico. Esta elaboración se continuó en el antiguo Laboratorio y Parque Central de Veterinaria Militar y más tarde en el actual Centro Militar de Veterinaria de la Defensa.

⁵ Cuando actualizo este trabajo (el día 4 de octubre de 2015) ya existe en el mercado editorial el libro editado en el año 2011 por la Subdirección General de Publicaciones del Ministerio de Defensa titulado: *Gaston Ramon (1886-1963), el veterinario que revolucionó la medicina preventiva en los Ejércitos*, cuyo autor es el coronel veterinario Dr. Juan Alberto Galán Torres, y cuyo prólogo es de quien escribe estas líneas.



El día 31 de octubre de 1915 se edita la primera revista profesional de veterinaria militar. Bajo el título de «*Revista de Veterinaria Militar*» se recogieron en sus páginas una interesante e importante actividad científica, hasta que a finales de 1920 dejó de publicarse; algunas de las fotografías que ilustran el texto proceden de ella. En sus diferentes números se recogieron las noticias que generaba el Instituto de Higiene Militar; lo mismo podemos decir de la actividad de los Ateneos de Sanidad Militar (muy especialmente el de Madrid y el de la 8ª Región Militar con sede en La Coruña) donde se recogieron los trabajos originales de los veterinarios militares, todos ellos muy bien redactados y con una metodología científica que en nada desmerecieron si los comparamos con los actuales. Muchos de ellos contribuyeron a mejorar y modificar técnicas quirúrgicas. La microbiología alcanzó notables avances y las enfermedades infectocontagiosas y parasitarias que continuaron siendo el azote de estos motores biológicos fueron combatidas con éxito; las zoonosis de

especial emergencia, como la tuberculosis con la práctica de la tuberculinización, la rabia y la extracción del material nervioso del asta de Ammón y el muermo, con la introducción de la oftalmo-reacción, fueron las enfermedades diana. Una de las figuras relevantes fue el coronel veterinario Marcelino Ramírez García, jefe de veterinaria militar de La Coruña, que en su doble condición de veterinario y médico supo comprender mucho mejor la importancia que tenía la tuberculosis y el muermo como zoonosis. Este ilustre oficial se doctoró en medicina en 1907 con un trabajo sobre «La tuberculosis bajo el punto de vista de su trasmisión recíproca entre los animales y el hombre». Sus numerosos trabajos sobre el muermo, recogidos en la Revista de Veterinaria Militar, fueron muy importantes desde el lado de la Salud Pública y la medicina preventiva veterinaria. También Juan Bravo Carbonell (veterinario 2º, destinado en el primer Regimiento Montado de Artillería) realizó estudios sobre el diagnóstico de la tuberculosis mediante un trabajo titulado «Fijación del complemento a la tuberculina y suero-aglutinación»⁶.

Como dato anecdótico añadiremos que a los oficiales veterinarios, a pesar del elevado censo caballar y mular al servicio de las unidades, no se les autorizó (como a otros sanitarios) a asistir como observadores a las operaciones militares de la Primera Gran Guerra para comprobar sobre el terreno el grado de organización de los servicios veterinarios de los Ejércitos contendientes; pero de fuentes secundarias sí recogieron numerosos datos de los Hospitales veterinarios, Hospitales de infecciosos, de etapas, enfermerías, materiales de campaña y toda la estructura y organización veterinaria. Además, los más inquietos (entre los que destacamos ahora a los destinados en el Instituto de Higiene Militar) ilustraron al resto de los oficiales veterinarios con el suministro de datos de la patología más frecuente, brotes epidémicos y distintivos



internacionales de la organización veterinaria en campaña.

En 1915 la veterinaria internacional incorpora la «Cruz Azul» como distintivo oficial de los órganos y estructuras civiles y militares veterinarias. Durante la contienda mundial aparecen los primeros «Centros de Carnización» y «Centros de concentración de ganado», y por primera vez los veterinarios militares tienen que hacerse cargo del saneamiento de los campamentos y la recogida, retirada y eliminación de los cadáveres de los numerosos équidos y sus

⁶ Bravo Carbonell, J.: 1915. Fijación del complemento a la tuberculina y suero-aglutinación. Revista de Veterinaria Militar, año I, nº1 de 31 de octubre de 1915, pp. 1-4.

híbridos que murieron a miles, unas veces municionando a las unidades de Infantería, Caballería y Artillería, otras transportando víveres y otras evacuando sobre sus lomos a los soldados heridos. La primera Convención de Ginebra de 1864 y la segunda de 1906 no contempló a los veterinarios como personal sanitario sino como contendientes. En 1914, durante la Primera Gran Contienda, se propuso incorporar, bajo el amparo de la cruz azul, a los veterinarios como personal sanitario, petición que no prosperó.

Mientras tanto en el Instituto de Higiene Militar Andrés Huerta, veterinario 1º, realizaba investigaciones para elaborar una vacuna contra el muermo; pero los primeros resultados obtenidos aconsejaron desechar esta vía de investigación. Las enseñanzas extraídas durante el desarrollo de las operaciones militares de la primera guerra mundial sobre la sanidad animal hicieron que por Real Orden de 16 de noviembre de 1917 se dispusiese que por el Instituto de Higiene Militar se suministrara a los cuerpos los viales de maleína bruta, que hasta entonces se adquiría en el extranjero. A partir de esa fecha es el propio Instituto quien asume la responsabilidad de su preparación para remitirla a los cuerpos montados, a solicitud de los oficiales veterinarios, para practicar el diagnóstico precoz por medio de la oftalmo-reacción. Para comprender el volumen de trabajo y la gravedad de los periódicos brotes epidémicos, que producían unas bajas anuales superiores al 8 por ciento, diremos que el número de semovientes adscritos a las diferentes unidades del ejército ascendía en 1916 a 42 964 cabezas; remontar cada año más de 3500 cabezas era una importante operación, no exenta de grandes dificultades. Los países de nuestro entorno tenían unas bajas del 3 al 3,5 por ciento.

La actividad del Instituto quedó claramente demostrada en el «Primer Congreso Nacional de Medicina» de 1917 cuando participó en la «Exposición de Medicina e Higiene» en el Parque del Retiro. El Instituto estuvo presente con una muestra de los productos preparados en sus laboratorios y colecciones fotográficas de su actividad; S.M el Rey contempló la fotografía de una yegua a cuyo pie se podía leer este curioso rótulo: «Exprimir, 26 años; ha rendido 250 litros de suero antidiftérico valorado en 50.000 pesetas». Estas abultadas cantidades dinerarias, unidas a la de sueros antitetánicos, vacunas antirrábicas y maleína que anteriormente eran importadas de otros países, generalmente Francia y Alemania, nos dan una muestra de lo que el Instituto ahorraba al Erario. No tiene nada de extraño que el veterinario 1º, Manuel Medina García, viendo el progreso de la Bacteriología y las nuevas vías de aplicación, se dirigiese al Mando con las siguientes palabras:

En nuestra clínica veterinaria militar no se obtiene de estas conquistas todo el provecho logrado en otras países; nuestro Instituto de Higiene Militar, que es modelo de Establecimiento de su clase y que realiza una merítísima labor que, quizás, no se sabe apreciar en todo su valor, puede ampliar extraordinariamente la utilidad de sus servicios, proporcionando a los veterinarios militares muchos productos de laboratorio de que hoy no se hace uso, o éste es muy limitado, porque ello representa un enorme gasto. Para conseguir este mayor rendimiento, la Sección de Veterinaria del mencionado Instituto debe reorganizarse, aumentando su personal y dotación y encomendándole la obtención de todo género de productos útiles a la profilaxis y curación de las enfermedades del ganado militar y el estudio y comprobación de los importantísimos problemas relacionados con esta especialidad del Veterinario. La referida Sección de Veterinaria debe estar formada por un Subinspector de 2ª, un Veterinario Mayor y dos Veterinarios primeros y tener a su cargo la preparación de la maleína, suero equino normal, suero antiestreptocócico para veterinaria, y cuantos productos microbianos sean de reconocida utilidad en la clínica veterinaria, así como la de los diagnósticos bacteriológicos y serológicos de las enfermedades del ganado. A ella debe corresponder el diagnóstico bacteriológico e histológico de la rabia en los animales y la preparación de la vacuna antirrábica.



En los sucesivos años la Sección preparó dosis de la vacuna antirrábica «Umeno». Posteriormente, y con el desarrollo y potenciación del Instituto, se

constituyeron en 1934 diferentes secciones, una de ellas fue el «laboratorio de higiene veterinaria» con la misión de elaborar los productos biológicos dedicados a mantener la salud de los animales al servicio del Ejército. En este laboratorio se prepararon los sueros y vacunas como la antitetánica, antiestreptocócica, maleína, vacuna antirrábica, antierisipelótica contra el mal rojo y vacuna estreptobacilar

También se realizaban los análisis clínicos de las numerosas muestras biológicas remitidas por los oficiales veterinarios; se confirmaban los brotes de sarna y tiña de los équidos y se procesaba toda la anatomía patológica de las piezas obtenidas tras la realización de las necropsias, e incluso las técnicas de aislamiento de asta de Ammón para visualizar los corpúsculos de Negri, patognomónicos de rabia. Los responsables en esa fecha eran: Andrés Huerta López, Subinspector de segunda clase, que actuaba como director de la Sección, auxiliado por los veterinarios mayores José Dornaletche Zabalza y Victoriano Nieto Magán.

En 1967 se crea la «Sección de nutrición y alimentación» dirigida por el teniente coronel veterinario Arturo López Arruebo (†). Esta Sección tuvo sus



orígenes en la donación de equipos de análisis efectuada por los «Servicios de Nutrición de Tropas Americanas» tras los estudios realizados en 1958 y años siguientes sobre los menús suministrados a un total de 10 727 soldados, quedando demostrado la necesidad de complementar la alimentación del soldado de una forma más racional. Más tarde se hizo cargo de la Sección el teniente coronel veterinario Ángel Gonzalo Vitoria, que fue luego general veterinario, y Manuel Alonso Rodríguez, ambos diplomados en Bromatología e Higiene de los Alimentos. Otros veterinarios que pasaron por esta Sección fueron los tenientes coroneles Alberto Rodríguez Zazo, con dos

doctorados, uno en Veterinaria y otro en Medicina; estaba diplomado en microbiología y análisis clínicos veterinarios; Manuel Sánchez Martín y Octavio

de Toledo y Ubieto (veterinario y médico), diplomados ambos en Bromatología e Higiene de los Alimentos, Comandante Pedro Fernández Domínguez (veterinario y odontólogo), diplomado en Microbiología e Higiene y Sanidad Ambiental; teniente coronel veterinario Alejandro Palomo Gago, con la misma especialidad; este último, fruto de su experiencia y conocimientos en el campo de la Bromatología fue el autor del manual de «Alimentación y Seguridad Alimentaria» en el ámbito de las Fuerzas Armadas que ha sido publicado en el año 2009 a propuesta e impulso de la Jefatura de Apoyo Veterinario. En la actualidad el cargo de esta sección lo desempeña el teniente coronel veterinario Alberto Cique Moya, doctor en veterinaria y con la misma especialidad que los dos anteriores; está considerado como uno de los principales expertos en defensa NBQ-r. La existencia de un animalario, hasta su desaparición y pase a la estructura del Hospital Militar Gómez Ulla, hoy formando parte de la estructura del Centro Militar de Veterinaria de la Defensa, hizo que la dirección fuese encargada sistemáticamente a los veterinarios. Numerosas especies animales sirvieron como reactivo biológico (como muy acertadamente lo definió Iam Peter), para el diagnóstico y preparación de sueros y vacunas.

Verdaderamente podemos decir con satisfacción que el antiguo Instituto de Higiene Militar contribuyó en grado sobresaliente a la formación de los veterinarios militares, actuando como una Academia de Aplicación.